

Necesidad, conocimiento y creatividad: La pesca con papalote en Santa María del Mar, Oaxaca

Alejandro Espinoza-Tenorio*

Fue en la China antigua donde nació el arte de volar sin dejar tierra. Este arte que se ha desplegado prácticamente en los cielos de todo el mundo, polifacético como la fuerza que lo impulsa, ha llegado a toda aquella cultura que ha dejado volar su imaginación. Cometa, dragón o barrilete son algunos de los nombres recibidos por este ancestral artilugio. A México llegó hace aproximadamente 500 años; desde entonces, la fantasía de los pueblos empezó a surcar los cielos sobre las alas de una "papalotl", palabra náhuatl que significa mariposa.

Huaves, una cultura de agua y viento

El ya mexicanizado papalote no sólo capturó la imaginación de los niños, también dio vuelo a la creatividad de los adultos y conquistó un sitio en la mitología de las culturas locales. Esta adopción cultural fue particularmente evidente en aquellas regiones donde el viento ya era un elemento clave en la idiosincrasia de los pueblos prehispánicos. Tal es el caso de las comunidades que se asentaban en el Istmo de Tehuantepec oaxaqueño. La particularidad de esta zona istmeña, ubicada sobre la vertiente del Pacífico, en la parte continental más angosta de México, es que en el Paso de Chivela (como se le conoce localmente) la Sierra Madre del Sur desciende drásticamente de ~2,000 a ~250 msnm. Esta discontinuidad topográfica permite que las diferentes presiones barométricas entre los golfos de México y de Tehuantepec originen los vientos "Tehuanos" o "Nortes", los cuales alcanzan hasta 120 km/h, soplan de octubre a febrero

por periodos de tres a cinco días, en intervalos de 10 ó 15 días, siempre perpendiculares a la costa y en dirección al mar.

Los Nortes moldearon la cultura de todos los pueblos del Istmo, particularmente la de los huaves, mareños o, como ellos se autodenominan, "mero 'ikooc", es decir, verdaderos nosotros. Provenientes de la costa de Perú, los huaves se han distinguido desde épocas pre-hispánicas por su alto sentido de pertenencia étnica y un fuerte arraigo a la cultura pesquera (Signori 1979). Aunque la extensión de su territorio ha variado históricamente, las barreras geográficas y las fuertes fronteras lingüísticas han propiciado que los huaves permanezcan aislados en una porción costera extremadamente árida y poco apta para la agricultura y la ganadería. De manera que las cuatro principales comunidades: Santa María del Mar, San Francisco del Mar, San Dionisio del Mar y San Mateo del Mar siguen basando su subsistencia en la pesca artesanal, en las lagunas Superior e Inferior, pues el fuerte oleaje de las playas abiertas de la zona imposibilita la pesca en mar abierto. A través del comercio del camarón, la lisa, la mojarra y la corvina en mercados zapotecas regionales (Salina Cruz, Juchitán y Tehuantepec), es que los huaves obtienen recursos agrícolas poco accesibles en su árido territorio.

Al no mantener una fuerte relación con el maíz, hecho que los distingue de la mayoría de los pueblos de Mesoamérica, y sí con la pesca (específicamente la del camarón), ha provocado que los huaves incorporen al agua

* Zentrum für Marine Tropenökologie, 28359, Fahrenheitstrasse 6, Bremen, Alemania
Correo electrónico: alejandro.espinoza@zmt-bremen.de

y al viento como puntos en torno a los cuales giran su vida diaria y su mitología; y se conecta a los santos y los naguales con situaciones cotidianas (Millán 2003). Respecto al viento, se le asocia con un género y origen cosmogónico: el viento del sur es femenino y proviene de las olas del mar, formadas por la Virgen de la Candelaria; el del norte es masculino, procede de tierra y se asocia con San Mateo Apóstol. Otro ejemplo se da en los rituales de los huaves en San Mateo del Mar, con las peticiones frente al mar el Jueves de Corpus:

“Los alcaldes y las autoridades llevan la cruz a la orilla del mar, y hablan con el mar y el cielo. Piden perdón, pero también recursos y medios que les permitan subsistir: cada clase de camarón y pescado, rayos santos, y viento del sur para que caiga la lluvia que trae el agua de los hombres y las bestias. Los notables del pueblo saben, que de la pureza y devoción con que pidan, dependerá la pobreza y la abundancia de toda la comunidad. Por eso el alcalde debe saludar al mar con calma y sin prisas, para ser puro, para que el mar oiga. Por eso también no debe pisar el agua, porque si lo hace se perderá el camarón, la laguna se llenará de lama, y eso perjudicará a los atarrayeros” (Ramírez-Castañeda 2004 *In*: Espinoza-Tenorio *et al.* en prensa).

El viento y el agua no sólo permearon en actividades místicas o religiosas (otros ejemplos son los múltiples mitos marinos y sitios sagrados como la isla de Cerro Cristo), sino en actividades cotidianas de la vida huave, como el lenguaje (numerosas toponimias), la música (canciones marinas y carapachos de tortuga como instrumentos), las artesanías (conchas de caracol para collares y cortinas) y la pesca (el cayuco a vela para transportarse en las lagunas o el papalote para la pesca en mar abierto, Fig. 1) (Ramírez-Castañeda 2004).

Una historia alada en la pesca

No fue casualidad que el papalote haya sido adoptado por una cultura de viento y agua. De hecho, la adopción en localidades como la de Santa María del Mar ha sido tal, que el vuelo del primer papalote se ha perdido de la

memoria comunal. Lo que sí se recuerda es que inicialmente fue incorporado en la fiesta religiosa de Semana Santa, como medio de conexión entre el mundo terrenal vivo y el celestial de los muertos. Sin embargo, esta costumbre ya no se practica porque, entre otras cosas, han disminuido los creyentes católicos en la comunidad.

El papalote se incorporó a otra actividad de Santa María del Mar. En una de las regiones más marginadas del país, necesidad y creatividad se entremezclaron y guiaron a los pescadores huaves a recurrir a su enorme conocimiento tradicional para adaptar al papalote como una herramienta pesquera. Tal unión permitió alcanzar desde tierra los inaccesibles recursos de mar “vivo”. Aunque el origen de la técnica es controvertido, pues en San Mateo del Mar también se practica, en Santa María del Mar se puede rastrear hasta hace dos décadas, cuando el ingenio de un grupo de pescadores locales los llevó a sustituir el bidón plástico (60 litros) por el papalote. Cabe decir que el bidón se usaba, de manera poca exitosa, como una boya gigante que al ser arrastrada mar adentro por el viento tensaba una red atada a la costa. Sin embargo, la maniobra con el papalote fue tan exitosa que actualmente representa una entrada económica complementaria común cuando escasea la pesca de camarón en la laguna y hay vientos del norte.

Aunque hay valientes solitarios, el uso del papalote demanda de las habilidades de al menos dos pescadores. El proceso inicia con la recolección y adquisición de materiales locales, baratos y de fácil acceso: palma, costal, espinas, hilo y cuerda de nylon, para la construcción de un papalote de alrededor de un metro y medio de altura. Una vez en la playa, el papalote se iza y ata a un “muerto” (pedazo de madera enterrado a un metro de profundidad). El armado del sistema de pesca empieza por amarrar dos cuerdas a los extremos superiores, que sostienen a las boyas, de una o varias redes de enmalle que pueden llegar a medir entre cien y trescientos metros de largo. Una de las cuerdas, la que unirá a la red con la costa, permanece sujeta a una estaca enterrada firmemente en la playa, en tanto

el extremo que irá mar adentro se amarra a un pesado plomo (un envase plástico relleno de arena que evitará que el papalote levante completamente la red) y a la cuerda del papalote. Teniendo como sistema de seguridad su habilidad y un cuchillo, uno de los pescadores desata el papalote del "muerto" y se lo sujeta a la cintura, para poder soltarlo controladamente y hacer que, impulsado por el viento, arrastre la red mar adentro (Fig. 1).

Durante toda la operación, el trabajo del otro pescador consiste en controlar el extremo inferior de la red, que sostiene a los plomos, para que entre extendida al mar, y, lo más vital, auxiliar a su compañero amarrado en caso de que sea derribado por la fuerza del papalote.

A veces falla la maniobra. Corrientes costeras fuertes o vientos demasiado débiles pueden ocasionar pérdidas del equipo o que éste

no "trabaje" adecuadamente. No obstante, si la maniobra fue exitosa, lo siguiente es, quizá, la tarea más ardua: recuperar la red. "Jalar" la red conlleva el trabajo colectivo de al menos dos personas, ya que no sólo debe lidiarse con la fuerza del papalote y el peso del pescado enmallado, sino con las ramas y la basura que se han atorado a la red. Una vez que se ha limpiado la red, si ésta no ha sufrido daños graves y las condiciones ambientales lo permiten, el equipo se coloca de nuevo.

La repartición del producto se hace en relación con el equipo y trabajo de cada pescador. Generalmente, el dueño del equipo se queda con la mayor parte y reparte el resto entre quienes participaron en la maniobra. Si el pescado fue abundante se vende, si no será para comer al día. La pesca con el papalote en mar abierto representa en la actualidad una actividad alternativa para el pescador, ya que la instalación requiere invertir relativamente pocas horas por la madrugada o por la tarde; el resto del día, el papalote permanece "trabajando" solo hasta por periodos de 12 horas.

Otros desenlaces pendientes

La necesidad es una constante en Santa María del Mar. Ante un escenario severo de disminución y deterioro de los recursos lagunares, la pesca subsiste porque constituye una de las pocas opciones locales para adquirir alimento y recursos económicos (Serrano-Guzmán et al. 2004). En estas circunstancias adversas, la maniobra con el papalote es sólo una muestra de las múltiples adaptaciones que han ocurrido en la pesca local. Otro cambio es la relajación de la, en otro tiempo, rigurosa división sexual del trabajo. Tradicionalmente, la mujer tenía un papel secundario en la pesca, aunque fundamental en la economía familiar, ya que era la encargada de preparar y vender el camarón o el pescado (Ramírez-Castañeda 2004). Sin embargo, para evitar repartir el escaso producto con otros pescadores, la mujer ya participa en la extracción de los recursos, así como en otras actividades que antes se consideraban exclusivas de los hombres: sobre la embarcación, recogiendo la red, al lado de la



Figura 1. Los pescadores tradicionales huaves adecuan sus artes de pesca, como el cayuco con vela y la pesca con papalote, para aprovechar los fuertes vientos del Istmo de Tehuantepec, Oaxaca.

lancha “despegando” el pescado o a la orilla de la playa “jalando” la red con el papalote.

No obstante, no todo son adaptaciones que mejoren las condiciones de la pesca. Otro reto apunta hacia la paulatina pérdida de su conocimiento tradicional. El saber que se había transmitido de manera oral entre generaciones esta amenazado por la migración de los jóvenes en busca de mejores oportunidades y la ausencia de enseñanza bilingüe. La situación se agrava ante la inexistencia de la parte escrita de la variante lingüística del huave de Santa María, lo cual imposibilita salvaguardarlo por otros medios. Así, el conocimiento que podría ser de gran utilidad para el manejo sustentable de la pesca amenaza con perderse definitivamente con la muerte de los últimos hablantes del huave (Espinoza-Tenorio *et al.* en prensa).

El papalote fue una ingeniosa solución ante una encrucijada pesquera, pero quedan por enfrentar muchos retos donde seguramente serán requeridos el conocimiento y la creatividad del pueblo huave de Santa María del Mar. Sin embargo, por su dimensión y complejidad muchos de los problemas sobrepasan las posibilidades de la localidad. En estos momentos, Santa María del Mar no debería estar sola en la búsqueda de soluciones. El resto de las comunidades huaves, los municipios zapotecas vecinos y autoridades estatales y federales tendrán que jugar un importante papel.

Agradecimientos

A la comunidad de Santa María del Mar y a la SPCP “Fuerza del Pueblo” S. de R.L. de C.V., por darnos la oportunidad de trabajar con

ellos y compartirnos su enorme conocimiento. Especialmente agradecemos a Israel López y su familia por habernos introducido en la vida huave, a Norma Herrea por la edición del texto, así como a los múltiples lectores que enriquecieron con sus comentarios los borradores de este escrito. La elaboración de este trabajo se realizó gracias al soporte económico de The Rufford Small Grants Foundation, al proyecto de investigación “A proposal for the spatial planning of two traditional fisheries in competition: Huaves and Zapotecas”, a proyectos paralelos con la Universidad del Mar y la Universidad Autónoma de Baja California, así como por la beca del Deutscher Akademischer Austausch Dienst otorgada al autor.

Referencias

- Espinoza-Tenorio, A., L.C. Bravo-Peña, J.S. Serrano G., J.A. Ronsón-Paulín, Z.M.A. Ahumada, H.P. Cervantes, E. Robles-Zavala, M.P. Fuentes, R. Guerra & M.I. Gallardo-Berumen. En prensa. La diversidad étnica como factor de planeación de la pesca artesanal: Chontales, Huaves y Zapotecas del Istmo de Tehuantepec, Oaxaca, México. Pp: xx-xx, *In*: Alcalá, G. & A. Camargo (ed.), Estudios etnográficos sobre pesca y pescadores en América Latina y el Caribe. UNAM, México.
- Millán, S. 2003. Huaves. CDI-PNUD, D.F., México, 31 pp.
- Ramírez-Castañeda, E. 2004. Entre el mar y el viento. *Ciencias* 76(6): 62-71.
- Serrano-Guzmán, S.J., L.C. Bravo-Peña, C.E. Medina-Reyna & R. Ulloa. 2004. Estudio de ordenamiento ecológico para la zona costera del Istmo de Tehuantepec, que favorezca y contribuya al desarrollo ordenado y racional de la Pesca y la Acuicultura. Universidad del Mar, Puerto Ángel, México, 160 pp.
- Signorini, I. 1979. Los Huaves de San Mateo del Mar. Instituto Nacional Indigenista. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, D.F., México, 380 pp.